



**Asamblea General
Consejo de Seguridad**

Distr.
GENERAL

A/42/132
S/18701
18 febrero 1987
ESPAÑOL
ORIGINAL: RUSO

ASAMBLEA GENERAL
Cuadragésimo segundo período de sesiones
Temas 50, 57, 58, 62, 67 y 74 de la
lista preliminar*
CESACION DE TODAS LAS EXPLOSIONES DE
ENSAYO DE ARMAS NUCLEARES
PREVENCION DE UNA CARRERA DE ARMAMENTOS
EN EL ESPACIO ULTRATERRESTRE
APLICACION DE LA RESOLUCION 41/54 DE
LA ASAMBLEA GENERAL SOBRE LA CESACION
INMEDIATA Y PROHIBICION DE LOS ENSAYOS
DE ARMAS NUCLEARES
ARMAS QUIMICAS Y BACTERIOLOGICAS
(BIOLOGICAS)
EXAMEN DE LA APLICACION DE LAS
RECOMENDACIONES Y DECISIONES
APROBADAS POR LA ASAMBLEA GENERAL
EN SU DECIMO PERIODO EXTRAORDINARIO
DE SESIONES
SISTEMA GENERAL DE PAZ Y SEGURIDAD
INTERNACIONALES

CONSEJO DE SEGURIDAD
Cuadragésimo segundo año

Carta de fecha 17 de febrero de 1987 dirigida al Secretario General
por el Representante Permanente de la Unión de Repúblicas Socialistas
Soviéticas ante las Naciones Unidas

Por la presente tengo el honor de transmitirle el texto del discurso del Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética M. S. Gorbachev de 16 de febrero del presente año en el Foro Internacional celebrado en Moscú bajo el título "Por un mundo desnuclearizado y por la supervivencia de la humanidad".

Ruego a usted tenga a bien hacer distribuir dicho texto como documento de la Asamblea General en relación con los temas 50, 57, 58, 62, 67 y 74 de la lista preliminar, y del Consejo de Seguridad.

(Firmado) A. BELONOGOV

* A/42/50.

ANEXO

Discurso del Secretario General del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética de fecha 16 de febrero de 1987 en el Foro Internacional bajo el título "Por un mundo desnuclearizado y por la supervivencia de la humanidad"

En verdad, desde el primer momento en que el hombre pensó en el mañana, los mejores intelectos de los distintos países y pueblos invariablemente se han dedicado a la cuestión de los destinos del mundo y del futuro de la humanidad.

Hasta fecha relativamente reciente las reflexiones sobre estos temas y otros temas conexos se percibían como un juego del intelecto, como ocupaciones de los filósofos, los sabios y los teólogos alejadas de las inquietudes cotidianas humanas. En los últimos decenios estos problemas han pasado a un plano sobremanera práctico, y las razones son comprensibles.

La creación de armas nucleares y, posteriormente, su acumulación más allá de todo límite razonable, así como de sus medios vectores, ha hecho que el hombre sea técnicamente capaz de acabar con su propia existencia. Simultáneamente, la acumulación de un material socialmente explosivo en el mundo y los intentos de seguir resolviendo los problemas de un mundo que ha cambiado radicalmente mediante la fuerza, con métodos heredados de la edad de piedra, hacen que una catástrofe política resulte sumamente verosímil. La militarización del pensamiento y la forma de vida debilita e incluso elimina por completo los frenos morales en la vía hacia el suicidio nuclear.

No tenemos derecho a olvidar que ya se ha dado el primer paso, que siempre es el más arriesgado. Las armas nucleares en la práctica se han utilizado contra seres humanos, y esto ya dos veces. Se han documentado y reconocido decenas de casos - ¡recalco, decenas! - en que se consideró seriamente la posibilidad de utilizarlas contra otros Estados. No lo digo con ánimo de crítica o de condena, aunque ello y aún más merecen planes de dicha índole. Lo digo para subrayar todavía más cuán cerca ha estado la humanidad del punto del que no se puede regresar.

La primera guerra mundial conmovió a sus contemporáneos con padecimientos y destrucción en una escala sin precedentes y con encarnizamiento y despersonalización técnica del proceso de destrucción. Sin embargo, por espantosas que fueron las heridas que dejó, la segunda guerra mundial superó varias veces todas las "marcas" de la primera.

Hoy en día un solo submarino estratégico tiene un potencial destructivo equivalente a varias veces el de la segunda guerra mundial. Y hay muchas decenas de dichos submarinos, y ni con mucho agotan los sistemas nucleares. La imaginación es impotente para representarse el infierno y la negación de la propia idea del hombre, si se desplegara la parte más pequeña de los actuales arsenales nucleares.

Tras la segunda guerra mundial (al igual, por lo demás, que tras la primera) hubo intentos de organizar un orden mundial tal que excluyera la repetición de la guerra entre los pueblos. Estos intentos no pasaron sin dejar huellas, aunque no justificaron cabalmente las esperanzas que se habían cifrado en ellos. A pesar de todo, las Naciones Unidas actúan. Existen estructuras regionales y de otra índole para contactos intergubernamentales y sociales que antes no existían. En una palabra, continúan los intentos políticos de sacar a la comunidad mundial de la "lógica" viciosa que ocasionó las guerras mundiales.

Tras una guerra nuclear no quedarían problemas, ya que no quedaría nadie que se sentara a la mesa de negociaciones, ni siquiera a la piedra o al tocón de negociaciones. No habría una segunda Arca de Noé para escapar del diluvio nuclear. Por lo visto todos comprenden la razón de esto. Ya es hora de reconocer que no se podrá seguir contando con que todo "se arreglará por sí mismo". Es necesario no seguir aplazando el armonizar las relaciones internacionales y la conducta de los gobiernos y Estados con las realidades de la era nuclear.

En efecto, la cuestión se reduce precisamente a que, o bien los conceptos políticos se armonizan con las exigencias de los tiempos, o bien puede desaparecer la civilización y la propia vida en la Tierra.

En todos los asuntos humanos, y con mayor razón en la política internacional, no se puede olvidar ni por un instante la contradicción actualmente dominante entre guerra y paz, entre existencia y aniquilación de la humanidad. Hay que esforzarse por resolverla oportunamente en favor de la paz.

Y para ello hay que permitir que salgan a la luz los mejores logros de la historia, fomentarlos y compartirlos con los demás, y buscar nuevos enfoques creativos a problemas crónicos.

No sólo el progreso del género humano, sino su mera preservación, dependen de que encontremos en nosotros mismos la fuerza y el valor para conjurar la amenaza que se cierne sobre el mundo contemporáneo.

Estimo que hay motivos para esperar que ello se logre. Los últimos decenios se han caracterizado por que por primera vez en su historia la humanidad, y no sólo algunos de sus representantes, comienza a reconocerse como una entidad única, a percibir la interdependencia global del hombre, la sociedad y la naturaleza y a valorar las consecuencias de la magnitud de sus actividades materiales.

Y este reconocimiento no ha sobrevenido sin más, sino que ha dado lugar a una lucha por conjurar la amenaza nuclear. No es posible negar que ya ha pasado a ser una gran escuela político-moral en que las masas de los pueblos y naciones enteras están aprendiendo un arte difícil pero necesario, el de convivir en paz, encontrar un equilibrio entre los intereses comunes y los particulares, enfrentar valiente y honestamente el pasado y el futuro, comprenderlos y, una vez comprendidos, sacar las oportunas conclusiones para la práctica. El presente foro es una demostración de ello.

Señoras y señores, camaradas:

Antes de comunicarles todos estos problemas en detalle, en nombre del pueblo y del Gobierno de la Unión Soviética quisiera hacer llegar un saludo cordial a todos ustedes, los participantes en el Foro de Moscú, políticos y publicistas, hombres de negocios y científicos, médicos, personalidades de la cultura y el arte, escritores y representantes de diversas iglesias.

Valoramos en mucho el propio hecho de que se celebre este foro y la circunstancia de que hayan concurrido a éste tantas personas célebres y autorizadas de todos los confines del mundo. Comprendemos que cada cual tiene sus propias ocupaciones y obligaciones. A pesar de ello las han aplazado y han llegado hasta acá recorriendo miles de kilómetros, para manifestar sus inquietudes y compartir sus ideas con personas agitadas por los mismos problemas.

Esto ya de por sí es importante, ya que entre los participantes en el foro se cuentan representantes de distintos estratos de la población y personas de todos los continentes y de muchas decenas de Estados.

Este foro es auténticamente representativo de la comunidad mundial.

El pueblo soviético abraza y comprende las ideas de este foro, las preocupaciones y el estado de ánimo que les ha reunido en él. Con ese mismo espíritu les reitero la bienvenida y nuestro reconocimiento por la labor que han realizado estos días. Creo que la voz de este foro y de cada uno de ustedes será escuchada.

Es muy importante que las ideas y el propio espíritu de este foro lleguen a amplios círculos políticos y sociales y, lo que es aún más importante, que se pongan de manifiesto en la actividad de quienes dirigen el Estado. Creo entender que es éste el sentir de todos los representantes que han intervenido en esta magna reunión celebrada en el Gran Palacio del Kremlin. El Gobierno de la Unión Soviética prestará suma atención a todo lo que se ha señalado en el foro. Y así debe ser, porque esas ideas tienen que ver con la cuestión de la mayor trascendencia e importancia posible: cómo salvaguardar el futuro de la humanidad.

Tengo algo que decir respecto de los problemas sobre los que se ha deliberado en este foro y quisiera exponer el criterio de nuestro Gobierno sobre el particular, pero antes quisiera señalar a su atención lo siguiente.

Han llegado ustedes a la Unión Soviética en momentos en que tienen lugar transformaciones de índole revolucionaria de enorme significación para nuestra sociedad, para el socialismo en su conjunto y para todo el mundo. Con sólo comprender su contenido, su sentido y sus objetivos, se puede formular un juicio correcto acerca de nuestra política internacional. A nuestro pueblo, a ustedes y al mundo entero quiero decirles, con toda sinceridad, que nuestra política internacional responde ahora más que nunca a la política interna y a nuestro interés en centrarnos en la labor creadora de perfeccionar a nuestro país. Precisamente por ello necesitamos una paz estable, capacidad para formular pronósticos y una orientación constructiva en las relaciones internacionales.

A menudo se habla, como seguimos oyéndolo todavía, de la amenaza que presuntamente proviene de la URSS, de la "amenaza soviética" a la paz y a la libertad.

Pues bien, la transformación irreversible y de gran envergadura que hemos iniciado demuestra a todos hacia dónde queremos orientar nuestros recursos, adónde se dirigen nuestras intenciones, cuáles son nuestros verdaderos programas y proyectos, y en qué nos proponemos emplear la energía intelectual de nuestra sociedad.

Nuestro propósito fundamental es dar alas a las potencialidades del socialismo incorporando en nuestra labor a todas las fuerzas del pueblo. Para ello es menester el funcionamiento a plena capacidad y con todos sus atributos de todas las organizaciones sociales y estatales, todos los colectivos de producción y asociaciones de trabajo creador, así como de nuevas formas de actividad ciudadana y el resurgimiento de aquellas que injustamente han quedado olvidadas. En resumen, es imprescindible una amplia democratización de toda la vida social, garantía fundamental de la irreversibilidad de los procesos que se han iniciado. Queremos más socialismo y, por ende, más democracia.

Así proseguimos ahora las tareas de nuestra gran revolución. Y nuestro pueblo ha respondido a ello con entusiasmo.

Para evitar todo tipo de rumores y especulaciones infundados (y éstos sobran en Occidente), quiero subrayar que realizamos estas transformaciones de conformidad con nuestra propia opción socialista, sobre la base de nuestra propia concepción de los valores sociales y guiándonos por los criterios del modo de vida soviético. Medimos nuestros éxitos y nuestros errores únicamente con raseros socialistas, sin usar ningún otro.

Pero queremos que se nos comprenda, y confiamos en que la comunidad mundial reconozca, finalmente, que el hecho de que queramos que nuestro país sea mejor no va a perjudicar a nadie, y sólo beneficiará al mundo entero.

Para darle un matiz internacional, la transformación es una invitación del socialismo a entablar una emulación pacífica con cualquier otro sistema social. Sabremos demostrar prácticamente que esa emulación beneficia al progreso general y a la paz en todo el mundo. Pero para que esa emulación tenga lugar y se desarrolle de manera civilizada, digna de la humanidad del siglo XXI, hay que cambiar de modo de pensar y superar las actitudes, los estereotipos y los dogmas heredados de un pasado que no volverá.

La sociedad y las autoridades soviéticas se han venido ocupando desde hace bastante tiempo del problema del nuevo modo de pensar. Sobre ello hemos reflexionado mucho, nos hemos autocriticado y hemos criticado a otros, nos hemos planteado preguntas difíciles y complicadas. Finalmente hemos visto la realidad en su verdadero aspecto y nos hemos convencido de que en el complejo y contradictorio mundo de hoy, que se encuentra en una encrucijada, es imprescindible aplicar nuevos enfoques y métodos para resolver los problemas internacionales.

Llegamos así a conclusiones que nos han obligado a replantear algunas cosas que antes nos parecían axiomas. Porque, después de Hiroshima y Nagasaki, librar una guerra mundial dejó de ser la mera continuación, por otros medios, de una política dada. En una guerra nuclear resultan incinerados incluso los propios arquitectos de esa política.

Nos obligamos a tomar conciencia de que la acumulación y el perfeccionamiento de las armas nucleares había privado de inmortalidad al género humano. La única manera de recuperarla era eliminar tales armas.

Negamos que los dirigentes de cualquier país, sean de la URSS, los Estados Unidos o cualquier otro, tengan derecho a condenar a muerte a la humanidad. No somos jueces, y los miles de millones de seres humanos no son criminales a los que haya que castigar. Por esa razón, hay que dismantelar la guillotina nuclear. Las Potencias nucleares deben desprenderse de su sombra nuclear y entrar en un mundo libre de armas nucleares, poniendo fin a la posición que se da a la política al margen de las normas éticas generales de la humanidad.

El torbellino nuclear barrerá con socialistas y capitalistas, con justos y pecadores. ¿Qué moral hay en ello? Los comunistas consideramos que no hay ninguna.

Cabe decir que nos ha costado llegar a este nuevo modo de pensar, que está llamado a eliminar el cisma entre la práctica política y las normas éticas generales de la humanidad.

El año pasado, en el foro más alto de la sociedad soviética, cual es el Congreso del Partido, expusimos nuestra visión del mundo y nuestra concepción filosófica de su presente y su futuro. Pero no nos limitamos a proclamar nuestra doctrina teórica. Sobre la base de esa doctrina formulamos una plataforma política concreta para un sistema general de seguridad internacional. Se trata de un sistema basado en el principio de que es imposible construir la seguridad propia a costa de la seguridad de otros, de un sistema que integra orgánicamente sus principales esferas: la militar, la política, la económica y la humanitaria.

En las esferas política y militar, propusimos un programa para eliminar las armas nucleares antes del año 2000. Hace 30 meses, el 15 de enero de 1986, esta política fue proclamada en nombre del pueblo soviético. Estamos convencidos de que esa fecha pasará a la historia de la lucha para impedir que desaparezca la civilización.

Mucho antes habíamos propuesto que se suspendieran todas las explosiones nucleares, y en más de una ocasión prorrogamos la moratoria unilateral. Nuestra fue la idea de Reykjavik, adonde llevamos iniciativas que, si hubieran sido aceptadas por la otra parte, habrían significado la cesación de la carrera de armamentos y un viraje radical hacia el desarme y la eliminación del peligro nuclear. Junto a nuestros aliados adoptamos osadas medidas de gran envergadura para fomentar la confianza y reducir los armamentos convencionales y las fuerzas armadas en Europa. Señalamos que estábamos dispuestos a que se eliminaran por completo las armas químicas.

En Vladivostok, invitamos a los países de Asia y el Pacífico a que buscaran, de manera conjunta, la seguridad de cada uno de los países de esa vasta y emergente región del mundo y a que establecieran una colaboración mutuamente ventajosa y en pie de igualdad. Suscribimos la Declaración de Delhi, en que se consagraron nuestros enfoques filosóficos y políticos sobre la creación de un mundo sin armas nucleares y sin violencia, y los enfoques de la gran India y de miles de millones de personas representadas por el Movimiento de los Países No Alineados.

Como partidarios decididos del nuevo orden económico internacional, formulamos nuestra concepción de la seguridad económica internacional y propusimos que fuese examinada por todos.

Por último, son de todos conocidos nuestros nuevos enfoques de los problemas humanitarios, que figuran en la "tercera canasta de Helsinki". Que no se hagan ilusiones quienes suponen que estas propuestas y esta posición son el resultado de las presiones ejercidas sobre nosotros por el Occidente, o que queremos agradar a alguien persiguiendo quien sabe qué objetivos encubiertos. No es así; todo es resultado del nuevo modo de pensar.

De esta manera, procuramos traducir al lenguaje de la política práctica, al plano de las medidas concretas, nuestra concepción filosófica del mundo en todos los órdenes.

Como es natural, el nuevo edificio de la seguridad internacional sólo se podrá construir y consolidar sobre una base de confianza. Comprendemos que el camino que lleva a ella no es fácil y no somos los únicos que debemos recorrerlo, aunque, si recuerdan ustedes nuestra historia, tenemos más razones que otros para desconfiar.

No voy a entrar en polémica a este respecto; sólo quiero hacer constar que, además de la falta de nuevas actitudes, todos sienten también una falta de confianza. No pretendo entrar en detalles sobre las causas de esta situación, pese a que mucho se podría decir al respecto. Ahora tenemos que mirar hacia adelante y no dejarse apresar por el pasado.

Hay que crear confianza con la experiencia de la colaboración, del conocimiento mutuo y de la solución de problemas comunes. En principio, no es acertado decir que primero viene la confianza y después todo lo demás: el desarme, la colaboración y los proyectos conjuntos. Las tareas comunes llevan a la creación, la consolidación y el desarrollo de la confianza. Este es el camino racional de lograrla.

Y repito, cada uno debe comenzar en lo que le atañe a sí mismo. No es una actitud de seudojuez supremo de todo el mundo, sino el respeto a los demás y un juicio, objetivo y autocrítico de la sociedad propia; lo que hace tanta falta actualmente en las relaciones internacionales.

Una de las consecuencias más importantes de la transformación que tiene lugar en la Unión Soviética ha sido el fortalecimiento de la confianza de nuestra sociedad, en todos sus aspectos y en todas partes, lo que reafirma nuestra convicción de que también es posible lograr la confianza necesaria en la esfera de las relaciones internacionales.

Este nuevo modo de pensar todavía tiene dificultades para abrirse paso en la política internacional. Con mucha más dificultad marcha la instauración de la confianza. Precisamente por eso considero que irá cundiendo el convencimiento de que el destino de esta importantísima tarea de nuestra época no se puede dejar exclusivamente en manos de los políticos. Esta tarea no sólo compete a los políticos. Todos somos testigos de cómo crece y aumenta un enorme movimiento de la opinión pública en el que en todas las partes del mundo participan hombres de ciencia, intelectuales de diversas ideologías, personalidades religiosas, mujeres, jóvenes, niños, ;cada vez más niños!, incluso ex militares y generales, que conocen de cerca lo que son las armas modernas. Todo esto ocurre, porque la humanidad tiene cada vez más conciencia de dónde está la paz, de adónde ha ido a parar y de cuán real es la amenaza que se cierne sobre ella.

Considero que este foro es un hito muy importante en el movimiento de la opinión pública en pro de un mundo sin armas nucleares y en pro de la supervivencia de la humanidad. Celebro el aporte que ha hecho a este respecto el foro de Moscú.

Quisiera referirme brevemente a Reykjavik. No fue un fracaso, sino un gran paso adelante. No fueron conversaciones corrientes, sino el momento de la verdad en que se abrió la perspectiva gigantesca de marchar por el camino que lleva a un mundo sin armas nucleares.

La reacción que provocó Reykjavik en todo el mundo fue tan honda porque abordamos el problema de la reducción de los arsenales nucleares con un argumento conceptual totalmente nuevo, según el cual el problema era político y psicológico, y no sólo militar y técnico. Estuvimos a punto de llegar a una solución. Pero ¿qué hacer con este "a punto de" que no nos dejó llegar al final en Reykjavik?

No voy a volver a referirme a esa polémica, porque ya pasó, pero espero que conozcan nuestro punto de vista. Quiero hacer hincapié en que cuando en determinado momento las dos partes reunidas en Reykjavik convinieron en reducir drásticamente sus arsenales nucleares y posteriormente eliminarlos, ello significó, de hecho, su reconocimiento de que los medios nucleares ya no podían garantizar efectivamente la seguridad.

Lo que ocurrió en Reykjavik cambió de modo irreversible el carácter y el contenido de los debates sobre el mundo del futuro. Esta es una importante conclusión política. Por esa razón, algunos se sintieron atemorizados por la posibilidad que se abría y ahora dan marcha atrás. Pero, por fuerte que sea la presión del pasado, no hay que regresar a él. Estoy convencido de que la humanidad puede - y confío en que ello suceda a muy breve plazo - comenzar a desembarazarse del lastre nuclear. Pero para ello hará falta luchar, y con mucho ahínco.

Este nuevo pensamiento político está llamado a elevar a la civilización a un nivel cualitativamente nuevo. Y ya con eso, demuestra que no es una rectificación de posiciones que se haga una sola vez, sino una metodología para llevar adelante los asuntos internacionales.

No sólo en esta sala, sino también probablemente en otros foros no habrá quien considere que las armas nucleares son inofensivas. Sin embargo, muchas personas creen sinceramente que son un mal necesario para prevenir un mal mayor, la guerra. Precisamente sobre esta tesis se basa la doctrina de la disuasión nuclear.

¿Qué cabría decir a este respecto?

En primer lugar, si nos mantenemos en el terreno de esa doctrina, tenemos que reconocer que "la salvaguardia nuclear" no es infalible ni ilimitada en el tiempo. En cualquier momento puede transformarse en una sentencia de muerte para la humanidad. Cuanto más grandes sean los arsenales nucleares, menos probabilidades habrá de mantenerlos "obedientes". La proliferación de esas armas, la complejidad de sus sistemas técnicos, las mayores escalas de transporte, el riesgo constante de errores técnicos, fallos humanos o manifestaciones de mala voluntad, son todos factores que en conjunto representan una vasta gama de posibilidades aleatorias de las que depende la existencia de la humanidad.

En segundo lugar, si observamos la doctrina de la disuasión desde otro punto de vista, vemos que en realidad es una política basada en la intimidación. Cada modelo de conducta tiene su propia lógica interna. Cuando la amenaza se convierte en un medio de política, es un deseo natural que todos tomen en serio esa amenaza cada vez que se produzca. Para ello es necesario reforzar periódicamente las amenazas con hechos. En este caso, por ejemplo, con el empleo de la fuerza militar. No puede haber sino una conclusión: la política de la disuasión considerada en una perspectiva histórica no sólo no aminora, sino que incluso aumenta la posibilidad de un conflicto militar. No obstante, aun después de Reykjavik, hay quienes siguen aferrados a esa doctrina.

Por lo general, los partidarios de esa doctrina son aquellos que en los encuentros con nosotros son propensos a apelar a la moral. Sin embargo, ¿cuál es su propia moral desde el punto de vista de la moral normal contemporánea? Están convencidos, y no lo ocultan, de que el diálogo y las relaciones con los demás sólo pueden y deben tener lugar sobre la base de las amenazas, la fuerza y la posibilidad constante de hacer uso de la fuerza. ¿Cómo reaccionaríamos si nos encontrásemos en la calle con una persona así? ¿Por qué esos mismos modelos de conducta, que desde hace mucho tiempo se han considerado un signo de salvajismo en las relaciones entre personas, siguen siendo considerados - al parecer por los dirigentes más ilustrados - casi como la norma natural en las relaciones entre los Estados?

En tercer lugar, en los debates sobre desarme se puede oír la tesis de que en el ser humano por naturaleza se encierra un cierto "instinto de violencia", un "instinto de guerra", y que ese instinto es indestructible.

¿Es pues la guerra el concomitante ineludible del ser humano? En tal caso, la aparición, el perfeccionamiento y la acumulación de medios de destrucción en masa cada vez más modernos son inevitables.

No podemos resignarnos a aceptar ese punto de vista. Nos recuerda tiempos en que se inventaban armas cada vez más perfeccionadas y se utilizaban para subyugar a otros pueblos, obligarlos a trabajar para el conquistador o sencillamente saquearlos. Ese pasado no es un argumento ni menos aún un modelo para el futuro.

El hombre en vísperas del siglo XXI sabe y puede hacer muchas cosas. Precisamente por ello está obligado a tomar conciencia de la necesidad de desmilitarizar el mundo. Creemos que un mundo desmilitarizado es posible y haremos todo lo que sea necesario para garantizar el éxito final de lo que quizá sea la iniciativa social más importante de la actualidad.

El tema de la disuasión nuclear presenta aun otro aspecto. En política no se debe olvidar el problema de lo racional y lo irracional, especialmente en nuestro mundo complejo, en que el propio contenido de esas nociones está sujeto a la considerable influencia de las particularidades de la experiencia histórica de los pueblos, de culturas políticas y tradiciones muy diferentes y de muchos otros factores. Es muy difícil encontrar un común denominador, que todos sin excepción consideren racional. Por lo que también se confirma la verdad irrefutable de que cuantas más armas nucleares haya, más probabilidades habrá de que se produzca un error fatal.

No obstante, se siguen creando tipos de armas cada vez más potentes, refinadas y, como se las llama cínicamente, más exóticas.

La amenaza de que la carrera de armamentos se extienda al espacio ultraterrestre hace resaltar la singularidad de la situación, e incluso yo diría su dramatismo. Si ello sucede, quedaría comprometida la propia idea del control de armamentos. La desconfianza, la suspicacia mutua, la tentación de ser el primero en desplegar sistemas cada vez más nuevos aumentarían notablemente. A mi juicio, ello es evidente incluso para alguien que no esté versado en asuntos militares. La desestabilización se haría realidad y asumiría carácter de crisis. El riesgo de una guerra accidental aumentaría repentinamente en muchos órdenes de magnitud.

Lamentamos que la continuación de los ensayos por los estadounidenses ponga término a nuestra moratoria. Sin embargo, nuestra iniciativa no se ha perdido en vano.

Con la moratoria hemos demostrado que la cesación de los ensayos puede ser un hecho real siempre que esté respaldada por una voluntad política.

Ante este auditorio tan autorizado quisiera declarar y repetir al Doctor Lown, que nos exhortó a prorrogar la moratoria, que la Unión Soviética no abandona sus objetivos de poner fin a los ensayos nucleares y de reducir significativamente y posteriormente eliminar las reservas de armas nucleares.

A este respecto, quisiera referirme a las pasiones que se desataron en los últimos días con respecto al despliegue de la primera fase de la iniciativa de defensa estratégica. Los partidarios de esa acción insisten en la "interpretación amplia" del Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos. Por lo demás, mientras en Washington y entre los aliados de la OTAN continúan los debates sobre este tema, el Gobierno estadounidense ya ha propuesto oficialmente en Ginebra legitimar esa interpretación. De manera que los debates en este caso no pueden sondear la opinión pública, lo que no está lejos de ser una política real, si es que ya no se trata de una política real. Por lo tanto, todos debemos preocuparnos. De hecho se trata de destruir el Tratado sobre la limitación de los

sistemas de misiles antibalísticos. Desde el punto de vista político y, si cabe, filosófico, su sentido desde el principio era garantizar la estabilidad gracias a la ausencia de una defensa antibalística y así poner fin a la eterna emulación entre el "escudo" y la "espada" que es particularmente peligrosa en la era nuclear. Se llegó al Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos tras largos debates que duraron muchos años, en los que participaron los intelectos más brillantes, capaces de valorar la situación. Entonces los Estados Unidos aceptaron su justeza. Y ahora, con la interpretación amplia del Tratado quieren destruir este importantísimo freno a la carrera de armamentos.

Con la destrucción del Tratado la carrera de misiles nucleares adquirirá nuevas dimensiones y a ello se sumará la carrera en el espacio ultraterrestre, cuyas consecuencias inevitables acabo de mencionar.

En noviembre de 1985, el Presidente Reagan y yo asumimos en Ginebra el compromiso de "prevenir la carrera de armamentos en el espacio y poner fin a ella en la Tierra, limitar y reducir las armas nucleares y reforzar la estabilidad estratégica". A esto se puso la firma en Ginebra en una declaración conjunta. Al quebrantar el Tratado sobre la limitación de los sistemas de misiles antibalísticos, el Gobierno estadounidense pisotea ese compromiso junto con la firma que los Estados Unidos pusieron hace 15 años bajo ese Tratado perpetuo.

La situación exige una mayor consolidación del régimen del derecho internacional, y no que se lo quebrante o se lo prive de sus eslabones fundamentales.

Otro problema que estamos examinando actualmente es por qué algunos países se arrojan el derecho de inventar y elaborar nuevos sistemas de armamentos que amenazan a otros pueblos y Estados, aun cuando no se desplieguen ni se utilicen. Ese problema trasciende el ámbito de la soberanía internacional y se torna un problema internacional.

Otra cuestión es que actualmente la soberanía de un país se extiende al espacio atmosférico sobre el territorio nacional. Y ese país tiene el derecho indiscutible de defenderla contra las injerencias. Sin embargo, del espacio ultraterrestre, a donde ahora se quiere extender las armas, nos amenazará un peligro mucho mayor. La intención de extender las armas al espacio es crear un nuevo instrumento de extorsión contra países independientes. Por consiguiente, ¿no sería el momento de plantear en derecho internacional la cuestión de la prohibición de "correr" la carrera de armamentos en el espacio ultraterrestre sobre las cabezas de los habitantes de otros países?

Ahora permítanme que mencione otra realidad sumamente importante de nuestros días. También requiere una nueva visión. Me refiero a la inusitada pluralidad y, al mismo tiempo, la creciente interrelación y la unidad cada vez mayor del mundo. El mundo está unido no solamente por la internacionalización de la vida económica y los poderosos medios de información y comunicación, sino también por el mismo peligro de muerte nuclear, de catástrofe ecológica y de explosión global de las contradicciones entre la pobreza y la riqueza de sus diversas regiones.

Ahora la comunidad internacional aparece ante nosotros como una multitud de Estados con historias, tradiciones, costumbres y tipos de vida diferentes. Cada país y pueblo tiene su propia verdad, sus intereses nacionales y sus aspiraciones. Esta es una realidad sumamente importante del mundo contemporáneo, que no existía hace unos 30 ó 40 años. Es una realidad que se ha configurado a consecuencia de la elección hecha por los propios pueblos. Ellos mismos han elegido su vía de desarrollo nacional.

Sin embargo, el desarrollo de este proceso evidentemente ha adelantado la capacidad de algunos políticos de comprender y evaluar unos cambios irreversibles. Al igual que en la esfera de las armas nucleares, viven utilizando conceptos antiguos.

En este caso la solución consiste también en reducir y superar el desfase entre el rapidísimo desarrollo de los acontecimientos y la comprensión de las realidades, la evaluación de aquello que está ocurriendo y de sus posibles consecuencias. Todavía no es tarde para hacerlo.

La visión del mundo como un dominio propio y la proclamación arbitraria de los "intereses vitales" propios siguen perdurando hoy día. Esto mismo estimula la carrera de armamentos porque procede de una apuesta a la fuerza, sin la cual no se puede garantizar la posibilidad de la imposición política y económica. Todo esto son estereotipos de una ideología pasada, cuando se consideraba "legítimo" explotar a otros pueblos, disponer de sus recursos y decidir acerca de sus destinos de manera autocrática.

Si nos preguntamos a qué conduce la persistencia de esta visión del mundo, podemos contestar que únicamente a la intensificación de los conflictos regionales. Están ardiendo las hogueras de la enemistad. Sus límites se amplían peligrosamente, aumenta el círculo de Estados cuyos intereses se ven directa o indirectamente afectados por ellos. Los conflictos regionales tienen graves consecuencias para el estado general de las relaciones internacionales. En el campo de batalla de las guerras declaradas y no declaradas, en el frente y en la retaguardia, están muriendo hombres. Países que padecen la miseria más extrema y el hambre masiva se ven arrastrados al torbellino de la ruinosa carrera de armamentos.

La solución de los conflictos regionales es una necesidad imperiosa de nuestro tiempo. Nuestra actitud hacia esta cuestión se puede ver en el ejemplo de nuestras iniciativas en el Oriente Medio. Es un centro neurálgico sensible del planeta. Aquí se cruzan los intereses de muchos Estados, no solamente de los árabes y de Israel. Es un cruce de la historia, de las religiones y de las culturas. Por esta razón lo único admisible es un enfoque responsable, cauteloso y, diría incluso, delicado, y no los métodos de fuerza, ni los ataques pirata, ni la constante amenaza de utilizar las fuerzas armadas.

Repetimos que hay que buscar, que hay que actuar todos juntos. Esto se refiere también a la guerra entre el Irán y el Iraq, a la crisis de Centroamérica, al problema del Afganistán, al Africa meridional y a la situación en Indochina.

Lo principal es respetar escrupulosamente el derecho de los pueblos a elegir su vía hacia el futuro y no interferir en los asuntos internos de otros Estados.

Nos oponemos a la destrucción artificial de los vínculos que se han creado históricamente. Sin embargo, la justicia exige la reglamentación de las actividades económicas internacionales, una reglamentación que excluya la posibilidad de que los ricos roben a los pobres. Cómo se puede vivir tranquilamente en un mundo donde tres cuartas partes de los países viven endeudados y un pequeño grupo de Estados desempeña el papel de usureros omnipotentes. El que perdure esta situación encierra la posibilidad de una explosión social que también puede destruir la civilización contemporánea.

La justa solución política de los conflictos regionales está determinada por la lógica misma de un mundo interrelacionado e íntegro, que requiere la solución de otros problemas mundiales: alimentarios, ecológicos, energéticos, los problemas de la alfabetización universal, de la enseñanza y de la salud.

El mundo contemporáneo padece de otro mal, que es el terrorismo. Es un mal terrible. No obstante, como dije hace poco, intentar erradicarlo mediante el terrorismo estatal significa cometer un crimen todavía mayor contra la humanidad. Con este "método" muere todavía más gente, se sacrifica el derecho internacional, la soberanía de los Estados, sin hablar ya de la moral o la justicia. Se crea un círculo vicioso de violencia y derramamiento de sangre y se exacerba la situación en general.

Hoy quisiera confirmar una vez más algo que ya hemos declarado en las Naciones Unidas y en otros foros internacionales: estamos dispuestos a luchar mediante esfuerzos comunes contra todas las formas de terrorismo.

Todos los problemas mencionados son importantes y la superación de todos ellos permitirá abrir nuevos horizontes ante la civilización humana. Pero el grado de dependencia de un problema de otro no es el mismo: sin la cesación de la carrera de armamentos no se puede solucionar de verdad ninguno de los demás problemas.

La Unión Soviética y el pueblo soviético se ven como parte de la comunidad internacional. Las preocupaciones de la humanidad son también nuestras preocupaciones, su dolor es también nuestro dolor, sus esperanzas son también nuestras esperanzas.

Con todas las diferencias que existen entre nosotros, debemos aprender a proteger todos juntos a la gran familia humana.

En el encuentro de Ginebra el Presidente de los Estados Unidos expresó la idea de que si la Tierra estuviera amenazada por la invasión de extraterrestres, los Estados Unidos y la Unión Soviética se unirían para repeler ese ataque. No pienso discutir esta hipótesis, aunque parecería que es prematuro preocuparse por ese problema. Es mucho más importante hacer frente a las preocupaciones que ya han entrado en nuestra casa común. Es más importante tomar plena conciencia de la necesidad de eliminar el peligro nuclear y reconocer que no hay tejado terrestre o cósmico bajo el cual pueda cobijarse uno si estalla la amenaza nuclear.

Nuestra idea de la creación de un sistema general de seguridad internacional, así como nuestras otras iniciativas, reflejan el claro deseo y la disposición de la Unión Soviética de renunciar a su condición de Potencia nuclear y de reducir todos sus armamentos hasta el mínimo razonablemente suficiente.

La URSS no exige para sí nada de lo que no daría a otros, ni pretende tener ni un ápice más de seguridad que, digamos, los Estados Unidos. Sin embargo, la URSS no aceptará tampoco una situación de desventaja ni la discriminación.

Fíjense en todas nuestras propuestas. En todas ellas no hay intento alguno de dejar una de nuestras armas fuera del marco de las negociaciones. Nuestro principio es sencillo: hay que limitar y reducir todo, y en cuanto a las armas de destrucción en masa, hay que iniciar su eliminación. Esta es nuestra firme posición. En las esferas en que haya desigualdad en algunos elementos, hay que igualar la situación; pero no por cuenta del aumento de lo que posee el que esté rezagado, sino mediante la reducción de lo que tiene el que esté delante. Naturalmente, habrá varias etapas en la vía hacia el objetivo histórico: un mundo desmilitarizado. En cada una de estas etapas es preciso respetar la reciprocidad de intereses y el equilibrio a un nivel razonablemente suficiente con una tendencia constante a la reducción. Todos deben convencerse y llegar al acuerdo de que la paridad en cuanto a la capacidad de aniquilarse mutuamente varias veces es una locura y un disparate.

Al disminuir el nivel de la confrontación militar, es importante a nuestro juicio llevar a cabo medidas que permitan reducir, y aun mejor, eliminar totalmente, la posibilidad de un ataque inesperado. Es preciso eliminar de la zona de contacto las armas ofensivas más peligrosas. Como es natural, al mismo tiempo las doctrinas militares deben tener un carácter estrictamente defensivo.

Ya he tenido ocasión de decir que ahora, cuando en el orden del día se encuentran medidas importantes de desarme verdadero, que afectan la esfera más sensible: la de la seguridad nacional, la Unión Soviética hará todo por lograr que se establezca el sistema más rígido de control y verificación, incluidas las medidas internacionales. Debe existir la plena seguridad de que todos cumplen los compromisos contraídos. Creo que podría considerarse como prototipo de esta clase de control el experimento soviético-estadounidense en Semipalatinsk.

La cuestión de la verificación tiene otro aspecto. Se sabe que los Estados Unidos tienen numerosas bases militares en territorios de otros países. Nos gustaría tener acceso para realizar inspecciones en esas bases a fin de convencernos de que las actividades prohibidas en virtud de un acuerdo no se están llevando a cabo en esos lugares. Probablemente en este caso será preciso contar con la cooperación de aquellos Estados en cuyo territorio se encuentran dichas bases.

Lo mejor sería volver a la antigua idea de la eliminación de las bases extranjeras y hacer que las tropas vuelvan a casa. Esto se refiere también a nosotros. Ya hemos tomado las primeras medidas prácticas. Como saben ustedes, según un acuerdo con nuestros amigos mongoles, estamos sacando parte de nuestras

tropas de la República Popular Mongola. Hemos retirado seis regimientos del Afganistán y retiraremos de allí todas nuestras tropas militares en el plazo más breve posible. Pero para solucionar este problema se necesita reciprocidad por parte de los Estados Unidos y de los vecinos del Afganistán, se necesitan también esfuerzos internacionales.

No abrigamos pretensión alguna de ser los poseedores de la verdad absoluta. Estamos dispuestos a hacernos eco de las propuestas que presentan otros países, otros partidos políticos, otros movimientos sociales, e incluso de las procedentes de particulares. La Unión Soviética ha apoyado las ideas tendientes a crear un corredor desnuclearizado en el centro de Europa y de establecer zonas desnuclearizadas en el norte de Europa, en los Balcanes, en la parte meridional del Océano Pacífico y en otras regiones. Respecto de cada una de esas propuestas estamos dispuestos a participar en consultas en búsqueda de la opción más positiva y aceptable para todos.

Distinguidos huéspedes y camaradas:

En este foro se ha planteado una idea visionaria y positiva, a saber, la de crear un fondo para la supervivencia de la humanidad. En el marco de esa institución podrían llevarse a cabo francos análisis de las cuestiones relativas a la prevención de la guerra nuclear. Asimismo, el fondo podría alentar investigaciones sobre los problemas más candentes de la vida internacional y contribuir a la elaboración de proyectos para solucionar los problemas globales de la humanidad, incluida la lucha contra las enfermedades perniciosas de reciente aparición.

En lo que a nosotros respecta, celebraríamos la participación activa - tanto material como intelectual - de la sociedad soviética en las actividades de dicho fondo.

No dudo de que las buenas semillas que ha plantado este foro darán frutos. Las fuerzas del militarismo, que a menudo son sinónimo de las fuerzas de la ignorancia y de la ceguera espiritual, no son todopoderosas.

El movimiento de científicos para prevenir el peligro nuclear, las fervientes intervenciones, altamente competentes, de médicos, ecólogos y representantes de la cultura y el arte, y la aparición de diversos grupos y asociaciones antinucleares son testimonio incontestable de la determinación de los seres humanos pensantes de salvar el don precioso de la vida en la Tierra, tal vez único en el universo.

En esta sala están representadas la política y las ciencias políticas. Querría hacer la pregunta siguiente: Valiéndonos de los conocimientos actuales y de la experiencia actual, ¿no podríamos avanzar paso a paso en pos de unas relaciones internacionales más equitativas y armónicas, de la consolidación de un sistema general de seguridad internacional confiable e igual para todos? A mi juicio, no sólo podemos sino que debemos hacerlo.

Me parece que ustedes han acudido a este foro precisamente movidos por la esperanza y el deseo de encontrar una respuesta positiva a esa pregunta.

Nuestro gran científico Vladimir Ivanovich Vernadsky, ya en 1922 (¡nada menos que hace 65 años!) hacía la siguiente advertencia: "No está distante el día en que la humanidad tenga a su alcance la energía atómica, una fuente de energía tal que le dará la posibilidad de construir una vida nueva con las características que quiera darle ... ¿Podrá el hombre aprovechar esta fuerza y encauzarla hacia el bien y no hacia la autodestrucción? ¿Ha adquirido la capacidad de utilizar esa fuerza que inevitablemente le ofrecerá la ciencia? Los científicos no pueden cerrar los ojos ante las posibles consecuencias de su labor científica y del progreso de la ciencia. Es preciso que sientan el peso de la responsabilidad que les cabe por las consecuencias de sus descubrimientos. Por ello, deben ligar su labor al logro de una mejor organización de toda la humanidad".

Reflexionen sobre esto. En una época, el pensamiento humano, sin vacilar, procuraba dominar las fuerzas de la naturaleza. En la actualidad, toda intrusión en la naturaleza en que no se tengan en cuenta antes todas las consecuencias de ello puede convertirla en enemiga mortal del ser humano. El accidente de Chernobyl nos lo ha recordado con una tragedia de alcances relativamente locales. Sin embargo, la carrera de armas nucleares nos lleva inexorablemente hacia una tragedia de alcance universal.

Durante siglos los seres humanos han bregado en pos de la inmortalidad. Es difícil aceptar que todos seamos mortales, pero resulta imposible aceptar el fin de toda la humanidad, el fin de la razón humana.

Desgraciadamente, muchos miembros de nuestra generación se han habituado a las armas nucleares. Para muchos han pasado a ser un tipo de ídolo que exige cada vez más víctimas. Hay, incluso, quienes proclaman que la carrera de armas nucleares es prácticamente una garantía para el mantenimiento de la paz.

Por desgracia, en muchos aspectos, las armas nucleares han dado forma a la imagen de la época en que vivimos. Naturalmente, eliminarlas no significa volver al punto en que se estaba antes de que existieran. El que se ponga fin a la disuasión nuclear no debe dar carta blanca a los partidarios de las aventuras militares irresponsables.

No es esta una cuestión ociosa. Hay quienes consideran que la respuesta consiste en perfeccionar otros componentes del poderío militar, a saber, las armas convencionales. Es este un enfoque errado y negativo.

En la era posnuclear la humanidad deberá haberse hecho más fuerte y haber superado la enfermedad nuclear. Habrá adquirido inmunidad a la violencia y a los intentos de dictar el destino de otros. En la actualidad las relaciones internacionales han perdido su médula moral debido al culto de la fuerza y a la militarización de la conciencia. Por ello se plantea la tarea de humanizar las relaciones internacionales.

¿Es posible esa tarea? Algunos creen que sí y otros que no. De nada sirve tratar de dilucidarlo ahora. A mi juicio, prevalecerán las exigencias objetivas de la existencia, como finalmente han comenzado a comprenderlo los pueblos, cada vez

en mayor medida. Ya hay conciencia de que no es posible librar una guerra nuclear. Por consiguiente, demos el primer paso importante: reduzcamos los arsenales nucleares y abstengámonos de emplazar armas en el espacio ultraterrestre. Aprovechemos el terreno ganado en Reykjavik y sigamos adelante. Veremos entonces el efecto que ello tendrá en el ambiente internacional. Mi opinión personal es que con cada paso de esa índole aumentará la confianza y se abrirán nuevos horizontes de cooperación. Evidentemente también contribuirán a este proceso la democratización, las ideas en el plano internacional y la participación activa, independiente y en plano de igualdad de todos los Estados, grandes, medianos y pequeños, en los asuntos de la comunidad mundial.

Para "humanizar" las relaciones internacionales también será necesario llevar a cabo las actividades correspondientes en la esfera humanitaria, sobre todo en lo que se refiere a la información, los contactos entre los pueblos, los intercambios profesionales, etc. Ello contribuirá a crear garantías morales para mantener la paz y, por ende, contribuirá a la elaboración de garantías materiales. La agresión informativa que practican algunos países no sólo se traduce en un empobrecimiento espiritual sino que además obstaculiza la comunicación normal entre los pueblos de distintos países y entorpece el enriquecimiento mutuo de las distintas culturas. Genera mala voluntad y un alejamiento hostil entre los pueblos. En cambio, ustedes estarán de acuerdo en que los pueblos que conocen y aprecian la cultura y el arte de otros pueblos no pueden experimentar sentimientos negativos respecto de estos últimos.

Señoras y señores, camaradas:

El tiempo parece no dar abasto ante el creciente peligro de una nueva espiral de la carrera de armamentos y ante la aguda exacerbación de los problemas regionales y de los que calificamos de mundiales. Por lo tanto, no se puede seguir perdiendo tiempo en intentos de ganar el quién vive a la otra parte para obtener ventajas unilaterales. Lo que está en juego es demasiado importante: la supervivencia misma de la humanidad. Por lo tanto, es de importancia vital tener en cuenta el factor crítico del tiempo.

Que las ideas de este foro lleguen a todos los confines de la Tierra, que aceleren el esclarecimiento y aumenten la comprensión mutua. Que los esfuerzos que despliegan ustedes contribuyan al avance en pos de un mundo libre de armas nucleares y de violencia, todo ello en bien de la inmortalidad de la civilización humana.
